





Endesa inició sus explotaciones a cielo abierto en Val de Ariño en 1981 con la apertura de Corta Alloza, y continuó con la puesta en marcha en 1986 de Corta Barrabasa. Los trabajos de restauración se inician prácticamente en el mismo momento en el que comienza la explotación y continúan hasta unos años después de finalizada la extracción del carbón. Si bien todo el proceso de restauración es de gran interés, destaca, por lo novedoso en su momento y por los buenos resultados obtenidos, la restauración ecológica del hueco final de Corta Alloza, transformado en un humedal que en pocos años ha alcanzado un alto grado de desarrollo como ecosistema. Lo que en su día fue el vaso de la gran cubeta minera abierta para extraer el lignito y sobre la que posteriormente se vertieron en su labor de restauración millones de toneladas de rocas y otros materiales estériles hasta conseguir de nuevo su relleno se ha transformado en un paisaje totalmente distinto, antropizado y renaturalizado. Dichos trabajos supusieron para Endesa el Premio Medio Ambiente Empresas 2005 otorgado por la Diputación General de Aragón.

El hueco final –de 130 m de profundidad con una base superior de unos 500 m de anchura por 300 m de longitud– dejado

por la extracción del carbón en Corta Alloza (1981-1991) fue relleno (1991-1998) por estériles mineros y por residuos del uso industrial del carbón hasta alcanzar la cota original del terreno. Una vez cubierto el cráter, se definió el relieve y el modelado de la depresión, creando dos cubetas con sus respectivas zonas de inundación, que recogen las aguas pluviales y de escorrentía de una cuenca de 202 hectáreas. Posteriormente se iniciaron los trabajos para recuperar la cubierta vegetal del suelo plantándose, en función de sus características topográficas y de su disponibilidad de agua, un amplio catálogo de comunidades vegetales características del entorno natural. De esta manera se logró, pese a las difíciles condiciones iniciales del suelo (arcilloso, ácido y pobre en materia orgánica) que se desarrollara artificialmente una secuencia incipiente y gradual de paisajes vegetales. La maquia –pino carrasco, coscoja, lentisco, sabina negra, enebro...– en las laderas del borde del humedal y en los taludes y plataformas de la escombrera; el prado sabanoide –herbáceas como gramíneas, leguminosas y otras, retamas, hinojos y espartal– en el espacio de transición entre la zona inundable y los taludes; y la orla de vegetación acuática en torno a las lagunas.

Estas comunidades vegetales posteriormente se han desarrollado de forma desigual en los distintos hábitats del humedal, siendo en las zonas inundables donde los procesos de colonización están ocurriendo espontáneamente a mayor velocidad y con gran naturalidad. Por ejemplo han aparecido numerosas frondosas, como chopos, en la desembocadura de los canales de drenaje.

Con el paso del tiempo la zona ha sido colonizada también por la fauna, pues se ha convertido en un punto de relativa importancia para el acceso a agua dulce y de calidad. Los anfibios fueron los primeros en colonizar el humedal. Entre los mamíferos las especies más frecuentes son el jabalí, el zorro, el conejo, el corzo y la garduña. Pero son las aves acuáticas el grupo más abundante. El porrón común, la focha, la polla de agua, el pato colorado o el zampullín no son difíciles de observar, aunque se encuentran normalmente de paso, principalmente en el verano.

Hoy podemos afirmar que se trata de una zona de gran valor ecológico, muy valiosa como ejemplo de una actividad pionera en materia de restauración ambiental. En noviembre de 2010 fue incluida en el Inventario de Humedales Singulares de Aragón.